

la autocensura y la incredulidad, pero el camino de reingreso no fue ni parece ser todavía fácil y confortable.

Algunos viejos medios, como *La Razón* o *La Prensa*, debieron cerrar sus puertas o cambiar de mano por imperio de largas cadenas de desajuste económico y de franca obsolescencia periodística. Otros diarios nuevos de la transición, como *La Voz* y *Sur*, o semanarios como *El Periodista*, no pudieron sobrevivir a desfases económico-financieros, conductas del mercado o desinteligencias internas vinculadas en muchos casos con la misma naturaleza del proyecto o del producto periodístico. Otros, en cambio, como *Página 12*, *El Cronista* o *Ámbito Financiero*, parecen encaminarse razonablemente en el mercado —dentro de un variado espectro ideológico y de confiabilidad— como alternativas de lectura frente a otros medios más tradicionales o establecidos.

Los esporádicos debates argentinos sobre la cuestión mediática y comunicacional han estado marcados, desde 1983, por no menos de tres libretos básicos. En primer término, el que desplazaba los antiguos colores anti-dependentistas, nacional-populares y concientizadores de comienzos de los años 70 (muy teñidos por la ideología del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación o NOMIC), por los más matizados del pluralismo y del pacto democrático, que sospecha o descrea de la capacidad centralizadora del Estado como proveedor de un paradigma político-cultural aceptable, ya se trate de la regulación, la censura moral, la planificación o la misma producción. Como resultados directos o indirectos de este libreto de los 80 podemos contabilizar la eliminación de la censura en los primeros tramos de la gestión radical del presidente Raúl Alfonsín, el debate un tanto errático sobre un tema tan candente como federalismo y asimetría comunicacional, y la discusión sobre el control de los flujos informacionales, tan polarizadora de opiniones en ese contexto como la espinosa cuestión del «destape», confundida intencionadamente por muchos con la legitimación pública de un erotismo visual meramente *soft*.

En segundo lugar podríamos ubicar el libreto «alternativista», anclado en la utopía de unos medios comunitarios y autogestionarios capaces de competir con el poderío tecnológico y económico de los grandes aparatos comunicacionales, o en la menos inocente y nada utópica de la brecha circunstancial que podía ser ocupada clandestinamente por aspirantes a insertarse, al cabo, en el gran negocio de la comunicación, sin importar demasiado en qué lugar preciso.

Como resultados de las dos vertientes de este libreto podemos citar algunas experiencias de radios comunitarias estimables y serias (realizadas generalmente con comunidades marginadas), algunos programas que perseveran con un alto nivel crítico y desmitificador (dos figuras pioneras en este

sentido pueden ser Eduardo Aliverti y Ricardo Horvath), varias revistas alternativas de incierta fortuna (*El Porteño* podría ser mencionado como el medio más resistente) y un número indeterminado de radios *truchas* (o ilegales) que fueron posteriormente blanqueadas y que sirvieron como base para emisoras de frecuencia modulada, o como banco de prueba para tráfugas que emigraron con esa pequeña experiencia clandestina hacia el campo de los grandes medios.

En tercer y último lugar, el libreto privatista y desregulador que comenzó a instalarse en el universo de los medios electrónicos a partir de 1989, con el arribo de la línea de recambio neoconservador expresada por Carlos Menem tras la fachada de una supuesta renovación justicialista. Hasta este punto el logro más significativo de este libreto en curso ha sido la transferencia de un par de canales estatales —el 11 y el 13— a manos de dos grandes empresas periodísticas de gran envergadura como Clarín y Atlántida, junto con el trazado de una política desreguladora respecto del canal oficial ATC, cuyo animador es el controvertido Gerardo Sofovich.

## Los módulos de la transición

La primera etapa de la transición —que comienza en realidad hacia mediados de 1982, con el fracaso de los militares argentinos en la guerra de Malvinas— puede ser caracterizado en sus líneas generales como de restitución de la verosimilitud comunicacional del sistema y de restauración de los derechos democráticos en este campo. La sociedad acababa de salir de la pesadilla comunicacional más dura de su historia y recababa por todos los medios una compensación por esos inquietantes años de «país jardín de infantes».

Uno de los rasgos de la etapa fue el generalizado descrédito de medios o publicaciones identificadas con la manipulación informativa de la dictadura militar, y en este sentido la televisión sólo consiguió equilibrar su déficit de crédito público con la providencial extensión de la televisión en colores, instalada en la Argentina a partir del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 y, en pleno proceso de difusión masiva, desde comienzos de los 80.

Las marcas del descrédito hacen que muchas empresas periodísticas comiencen para entonces un acelerado operativo de reconversión oportunista, que trata de paliar antiguas componendas y defecciones informativas con un «destape» de sesgo netamente sensacionalista. Revistas como *Gente* o *Somos* se convierten en activas y exitosas difusoras de aspectos colaterales de las pavorosas denuncias que formula la comisión que investiga los

excesos represivos y las vulneraciones a los derechos humanos en la Argentina (CONADEP).

Figuras ambiguas de la televisión, como Bernardo Neustadt y Mariano Grondona, asociados desde la última etapa de la dictadura militar en la realización de un programa televisivo de opinión como *Tiempo Nuevo*, se pliegan a la generalizada reconversión como voceros de un «sentido común» que esboza su *mea culpa* y alaba las reglas de juego de la democracia, redescubierta como la panacea para todas las dolencias de la sociedad.

De manera un tanto paradójica, un medio que había ejercido una sutil y a veces muy franca crítica a la dictadura militar —como la revista *Humor*— experimenta con la reinstauración de la vía constitucional una merma bastante sensible en sus ventas, que caen de los 335 mil ejemplares de su número 98, en cuya tapa los miembros de la junta militar de gobierno aparecían caricaturizados por Andrés Cascioli como monos, a 180 mil e inclusive a una cifra de venta real menor. Al evaluar esa circunstancia, Cascioli —dibujante y director de la revista— conjeturaba que con la llegada de la democracia se había perdido o diluido ese objetivo claro que era combatir y ridiculizar la violencia represiva del gobierno de facto militar. Perdido el objetivo, el tono de la revista se había hecho más difuso y, en consecuencia, menos atractivo para los lectores que antes encontraban en ella un anclaje crítico definitivamente contestatario y ausente en otros medios de prensa<sup>3</sup>.

En ese clima de liberalización y reformulación de estrategias comunicacionales que sucedió a las elecciones presidenciales de 1983, se inscribía también la irrupción o consolidación de revistas que trabajaban ya con criterios ideológicos, estéticos, periodísticos e inclusive generacionales renovados, como *El Porteño*, *El Observador*, *El Periodista*, etc.

La fundación de *El Periodista* en 1985, por ejemplo, por el mismo equipo editor de *Humor*, tiende en cierto modo a reformular algunos de los contenidos del viejo proyecto de la revista madre. *El Periodista* retoma las columnas «serias» que aparecían en *Humor* con las firmas de Luis Gregorich, Santiago Kovadloff, «Pacho» O'Donnell, etc., y se especializa en la producción de un periodismo de análisis político y económico que acompaña con cierto ojo crítico el proceso de transición. El caso del mensual *El Porteño*, aparecido en realidad hacia 1982, es representativo, por su parte, de la introducción de problemáticas como la discriminación étnica, sexual e ideológica, la marginalidad cultural, los graves problemas de desamparo de las comunidades indígenas, las nuevas agendas de la democratización, las secuelas de la represión y la guerra de Malvinas, etc. Mucho antes de diciembre de 1983, la revista abordaba temas como los desaparecidos, el exilio, la salud mental, la ecología, las vulneraciones de los derechos huma-

<sup>3</sup> Jorge B. Rivera y Eduardo Romano, *Claves del periodismo argentino actual*, Buenos Aires, Ediciones Tarsó, s/f.